

MANUEL FUENTESAL VALONERO

# **CALDERILLA**

El relato Calderilla obtuvo la Primera Mención de Honor en la edición 1991 del Premio Amador de los Ríos, convocado por el Ayuntamiento de Baena, Córdoba

**Jurado premio “Amador de los Ríos”:**

D. Manuel Piedrahita Toro, periodista.

D. Antonio Ramos Espejo, director Diario Córdoba.

D. José M<sup>a</sup> Ocaña Vergara, Catedrático de Literatura

y miembro de la Real Academia de Córdoba.

D. José Alarcón Albañil, profesor de literatura y Licen-

ciado en Pedagogía.

D. Miguel Herrador Medina, ganador edición anterior.

D. Antonio Lara Vivar, Secretario del M.I. Ayuntamiento de Baena.

Concede la Primera mención de honor a la obra

“CALDERILLA” del Autor: MANUEL FUENTESAL VALONERO.

# CALDERILLA

Yo nací de un susto. ¡Tac! ¡Tac-tac! ¡Tac! Los tiros de pistolas son muy distintos a los de las demás armas. No son ruidosos. Ni dan ese zumbido propio de pólvora. ¡No! Es seco. Si oyeras tac, tac-tac en el silencio de la

noche, pensarías en cualquier otra cosa antes que en arma de fuego. Sin embargo, ese disparo es algo familiar para mí. Conozco su escozor en mis carnes. Conozco bien su ruido.

Fue una madrugada de un otoño avanzado. Se oían, a lo lejos, mortecinos “tac-tac”. Se acercan. Cada vez más. Postigo, tranca y puerta chirrían y resuenan al unísono. Mi padre era muy veloz. Las balas corren más. De bruces, entre el umbral de lajas y la corriente de riscos, mi padre se desangraba enrojeciendo los granos de café que caían de su raída mochila. Con una mano en el corazón y otra en el vientre, mi madre me dejó salir.

Corrían aquellos años en los que ser de un bando u otro era vivir o no vivir. Yo sé que mi padre no entendía ni quería entender de lo primero. Lo segundo... Por lo segundo daba su vida. Dio su vida.

En aquellos años oí hablar de quien estaba en la montaña, escondido; que por las noches, algunas, se acercaba y recogía sobras de alguien, uno solo, que sabía de su existencia; que, de pordiosero o peregrino, pidió limosna a su misma puerta por ver o conocer a sus hijos y que, cuando pudo, vivió entre una doble tapia por estar cerca de los suyos.

En aquellos años oí hablar de piquetes, de paredones, de radios clandestinas, de miedo, de juicios sumarísimos, de confidentes, de paseos de los que nunca se volvía.

Sí, estos fueron los años que vivió mi padre. Que le tocaron vivir. Por eso, él, contrabandista desde la cuna, debía estar y no estar, que lo vieran y no lo vieran, ni de más ni de menos en la procesión del Santo, ni de más ni de menos en las Fiestas del Pueblo, ni de más ni de menos en sus partidas de cartas. Ahí estaba su saber, que en horas de más o de menos se puede estar, ir, comprar, vender y volver a estar; y, todo, sin levantar sospechas.

Mis primeros recuerdos son las correrías de mi madre. Iba y volvía. Salía y entraba. Mi hermana, enjuta, cuidaba de mí cuando yo, más bien, debía haber cuidado de ella. Después supe pronto cómo las idas y venidas de mi madre eran, paso a paso, los pasos de mi padre. Un día me llevó con

ella; caminar y caminar; crucé profundos barrancos y vadeé también una rivera cuyas aguas me llegaban hasta la boca.

- Es el Chanza, hijo; pasándolo, estamos en Portugal, -dijo mi madre.

Vi niños canijos a los que se les trababa la lengua. A los mayores tampoco los entendía. Si no es por la mujer de la tienda donde mi madre compró, me vengo sin pronunciar palabra. La mujer me gustó. Me dio muchos besos y algunos caramelos de los que traía mi padre. Ese día no me podía imaginar que esta mujer, señora Isabel, iba a ser en adelante parte de mi vida. En una cesta de cañas, mi madre colocó su carga, cinco paquetes grandes. Después compró una cestilla y metió dos de los pequeños.

- ¡Toma! - me dijo mientras me daba la cestilla.

Éste iba a ser mi primer alijo. Mi primer contrabando. Once años más o menos.

De regreso me maravillaba su agilidad. Sobre un rodete traía su cesta en la cabeza como si formara parte de ella misma. Siempre firme. Siempre segura. Sus brazos, libres, se balanceaban al ritmo ligero del paso. Su falda de luto y su delantal con peto, que nunca se quitaba, estaban en continuo vaivén por los manoteos. Yo la seguía, dando, con mis alpargatas de goma, tres zancadas por cada una de las de ellas. Conocí trochas y trochas, veredas, cortes por caminos de cabras, zarzales y madroñeras donde resguardarse. Antes de darme cuenta, dando un rodeo al pueblo, estábamos en casa.

Mi madre tosía mucho. Un día llegó el médico. Le miró el pecho con unos tubos de goma que se metía en los oídos. Mandó que se fuese a por ramas de eucalipto. La habitación daba olor a los barrancos de la sierra. Esos días aproveché un poco más con los amigos. Yo siempre llegaba el último o me venía el primero. Cosas de familia. Era el tiempo de los trompos y yo tenía uno con buena púa. Sin embargo, no le daba con fuerzas al contrario. No quería tener enemigos. La tos seguía días y días. Mi hermana, además de no saber mucho de cocina, no sabía qué hacer. Ni con qué comprar.

Aquella mañana me levanté temprano. Había amanecido con niebla. Quizás fueran ya las blandas de San Juan, las que hacen madurar las brevas. Me coloqué los pantalones de las correrías. Los de pana con culaperas. Una camisa, parduzca, tiesa por la pez y que desprendía olor a jara. En el alpende, de una estaca, colgaba la chaqueta de mi padre. En una faltriquera conservaba medio cuarterón, smoking y yesquero. En la otra, su navaja de cachas de palo. La cogí y, como mi padre, tomé el brocal del pozo como piedra de molar. Esta vez cambié la cesta por el macuto y me encasqueté una gorra de visera.

Las circunstancias, responsable de todo, no me permitían salir como un niño descuidado como lo había hecho las veces que acompañé a mi madre. La indumentaria y la hora, tampoco. Observé desde El Castillo los movimientos de la pareja. Si ellos salían por el norte, yo lo haría por el sur. Si por el sur, yo por el norte. No tardaron. El sol, que se levantaba rápido, hizo reflejos en el charol de sus gorras de plato y en el metal de los correajes. Subieron. Así que, tan pronto enfilaron la carretera del cementerio, corrí a mi salida por el Lavadero.

Comencé mi andadura sin desasosiego. De momento no me encontraría a los carabineros. Sí lo hice con un señorito a caballo. Me dijo ¡hola! con una sarcástica sonrisa. También adelanté en el camino a un par de mujeres enclenques. Ya las había visto antes. Y ellas, a mí. Es curioso verlas ir y volver. Van delgaditas, estilizadas. Vuelven como vacas y, para colmo, con un haz de leña seca en la cabeza. En un principio, me extrañaba. Me confundían. En la dificultad, uno aprende. Y aprende rápido. Volvían repletas de café, tanto cuanto sus vestidos podían cubrir. El haz...¡pura tapadera!

Al marchar más bien tranquilo, no me adentré en manchas. Ni puse en dasafío las púas de los tojos con los pelos de mis pantorrillas que iban naciendo fuertes. Atravesé Los Pagos; tierras que cada año se sortean por parcelas entre los del municipio. Cerca ya la Frontera, puse los cinco sentidos en cuanto hacía. La pareja no debía andar muy lejos de donde yo andaba. Aunque no llevaba cosa alguna de infracción, cuanto menos visto mejor. No conocía esta parte del Chanza, así que me zambullí. Lo pasé a nado. Tampoco puede uno fiarse de las

hoyas.

Como quedé lejos, tuve que pasar por calles y calles. Unas, abarrotadas de viejos que tomaban el sol. Otras, abarrotadas de mujeres que hacían corrillos. Y, pasé también, por plazas y plazas. Unas, abarrotadas de niños que correteaban. Otras, abarrotadas de jóvenes que, a ritmo ligero, danzaban y danzaban.

La tienda era pequeña. Rectangular. Al frente, una vieja estantería con la que, sin querer, se topaba uno al entrar. A la derecha, mostrador de madera tras el cual estaba siempre Isabel. A la izquierda, un par de veladores y sillas de tijeras. Por aquí y por allá, sacos. Unos, de garbanzos; otros, de lentejas. Había uno también con algarrobas. Aquel día, una joven de larga cabellera compraba de todo un poco. En uno de los veladores, dos hombres tomaban vino. Sus caras me sonaban. Me hablaron:

-Tú eres Calderilla, ¿no?.

¡Sí!, -contesté.

A mi padre lo conocían por Calderilla. Creo que a mi abuelo también. Uno dio un trago. El otro me miraba. Al rato, al buen rato, me dijo el que miraba tanto:

- ¡Pronto has empezado, chico!.

Daban sorbos y picaban; sardinas embarricadas, tollos y aceitunas.

-¡Come!, -me dijo uno.

Del macuto saqué un mendrugo de pan y un trozo de tocino viejo y los puse a disposición. Un portugués, largo y negro, llegó y estuvieron chapurreando un rato. Yo, mientras, apuré tocino y mendrugo con mi navaja.

A la grupa, me sentía cómodo. Mucho mejor que tronchando jaras.

-¡Hoy, te vienes con nosotros!, - me dijeron.

No me hice rogar. Estos hombres y mi padre debían haber sido buenos amigos. Desde el suelo, los tojos me miraban como erizos rabiosos. Yo me reía. Los caballos, a buen ritmo. Creía que la carrera era lo más acertado, pero no. Para un momento de apuro tienen que estar frescos.

Además, las alforjas rayaban el borde. Para esa carga, yo necesitaría dos meses, al menos, de correrías diarias. Pronto dejamos el matorral. El matorral era, en cierto modo, lo único que conocía. Ahora, las jaras, los lentiscos y las abulagas gigantes me destrozaban las pantorrillas. En esos momentos, pensé en los pernils de mi padre, los que cuelgan, también en el apende, de otra estaca al lado de la chaqueta.

Empezamos a faldear. Por instantes, nos quedábamos sin luz. Apenas si había cielo. Me sentía en las mismas entrañas de la Tierra. ¡Qué mutismo el de estos hombres! ¡Qué silencio el de estas sierras!

A media falda, nos detuvimos. Entre un nogal y una madroñera que hacían copa.

- Aquél es tu aposento; era el de tu padre -me dijo el que me había traído a su grupa.

Yo no había conocido a mi padre, pero aquello me olía a él.

Conocí sus nombres. Al igual que sus caras, también me sonaban; los había oído en casa. Los ojos de Juan José estaban siempre fijos, oscuros y profundos como cuevas de comadreas. Los de Antonio, inquietos como rabos de lagartijas. Sin embargo, eran parejos; algo había que los identificaba; posiblemente, la angustia; posiblemente, el miedo. Juan José era delgado. Antonio..., Antonio era el no más allá de la delgadez; se notaba bien que cuanto comían no hacía buena digestión. Las orejas de Juan José estaban pegadas, propias para captar los peligros de uno y otro lado. Las de Antonio eran de murciélago; no había ruido cien metros antes de llegar que no fueran por ellos percibido.

Estaban hechos el uno para el otro. Estaban para ser contrabandistas. Y contrabandistas juntos. La nariz de Juan José, aguileña. La de Antonio, fina. Fina como la de Juan José, pero sin corva. En aquellos momentos, me hubiese gustado tener allí a mi padre. Estoy seguro que él tendría, mas no sé qué, algún complemento más. No se habló mucho. Fumaron. Durmieron como las liebres. Yo me mantuve en vela por el ruido que hacía el silencio.

La experiencia fue buena. Menos tiempo. Más descanso. Más ganancia. Me dejaron en el Albacar. Pasado ya el pueblo. De allí a casa, este-oeste, no podía tener encuentros. Ellos continuaron hasta Valverde, pueblo cabeza de partido. Con mi macuto y tres paquetes grandes que me regalaron, llegué a casa.

Mi madre no mejoraba. Al contrario, cada vez se asfixiaba más. Don Jaime, el médico, iba casi a diario. Más que por curarla, por consolarla. Era muy atento. Esa tarde estaba allí. No dudé ni un instante. Envolví en estraza un paquete de los grandes y se lo di. Dicen que el que regala vende y el que recibe así lo entiende. Yo no lo hice por vender. Lo hice por pagar.

Mi hermana tonteaba ya. Él, aprendiz de barbero, estaba tan enclenque como ella. Parecían mellizos recién paridos. En la cocina, sobre el poyo, me había dejado el puchero. Bien preparado contra la lujuria. Lo recalenté y me lo zampé en un periquete. Después arrebañé cuantas sobras rondaban por la alacena. No tuve que levantarme de la mesa; ventajas tiene el comer de pie.

Del viaje a caballo me quedó regusto. A pie iba y volvía. Pero no se me quitaba de la cabeza lo del caballo. Lo rápido. La carga tan buena. No se me quitaba de la cabeza. Sobre todo aquel día que me di de lleno con la pareja. No sé cómo pudo pasar. No entraba en mis cálculos. Pero pasó.

Yo, cuando no hacía correrías, también trabajaba en lo mismo. Hacía como el que jugaba. O como el que iba y venía. En realidad, lo que llevaba a cabo era vigilar. Vigilar las entradas y salidas de los carabineros. Cuándo por allí. Cuándo por acá. Las horas. En una libreta de grapas, lo apuntaba todo. Así pude saber, casi con exactitud, a qué hora y por dónde saldrían al día siguiente.

Esta vez me falló. Al coronar la cuesta, los vi. Y ellos a mí. Sin que me diera tiempo a que me temblaran las carnes, di un respingo para atrás. En un punto en el que no me veían, arrojé el macuto a la maleza de la derecha y emprendí carrera por la izquierda. Sentí un par de disparos. Uno corrió unos metros, pero aquello estaba muy sucio. Yo, además, arañaba ya la cuesta de enfrente. De la otra cumbre, los observé. Buscaban y buscaban por donde yo había corrido. No encontraron cosa

alguna. En esa dirección, no podían encontrarla. Siguieron su camino. Gesticulaban con las manos. Varias veces señalaron por donde yo estaba escondido. Desaparecieron. Di tiempo para que estuviesen lejos. En sentido contrario, bajé y subí. Agarré mi macuto y piernas para qué os quiero.

Cinco días seguidos estuve sin cruzar la Frontera. No sé si es que nos bandeábamos en casa o que, desde el día de los caballos, me pesaban más las piernas. Aproveché para estar un poco más, poco más, con los amigos. Pude jugar a la tángana. La tángana me chiflaba. Uno de los más diestros era Ricardo. Ricardo era hijo de Ramiro. Ramiro era cabo de Carabineros. Sí, Cabo de Carabineros. Y yo ahí metido entre ellos. Mi amigo Ricardo vivía, aunque parezca raro, en la cárcel. Se dieron circunstancias. Cuando llegaron del norte, no había pabellón libre en la Casa-Cuartel. Ni casa libre en el pueblo. La cárcel, una casona quizás habilitada para ello, tenía varios cuartos. Dejaron el de la derecha, con buenos barrotes a la calle, para los reos. Normalmente, contrabandistas. El resto, un salón a la entrada y dos cuartos más en la parte de atrás, para el Cabo Ramiro. Uno de esos cinco días estuve con mi amigo Ricardo en la que tenía por su casa. Voy y vengo. Vengo y voy. Y... me quedé atónito. Allí, sobre el testero, el mapa. El mapa del distrito. Del distrito de Paymogo. Del distrito de Puebla. El de Santa Bárbara, Rubias, El Cerro, Calañas. Y el de Valverde. Sí, el de Valverde. El cabeza de partido. El lugar donde los amigos de mi padre, mis amigos, llevaron aquella tarde su mercancía.

Tras el cuerpo de casa, teníamos el patinillo. Lo atravesé con la idea fija. Dejé a mi derecha el pozo con su alpende detrás. Corrí el cerrojo de la cancela. Entré en el corral. A la izquierda estaba la cuadra vacía. Vacía, por desgracia, de animal alguno. Allí se arrinconaba, en un saco, algún que otro armuz de cisco. No había hecho falta por fortuna. Ese año el salto a primavera no había tenido escalones. Probé la dureza y hechura de varias briznas. Elegí un par de ellas. Volví a descorrer y correr la cancela. ¡Tanto quehacer por tres gallinas y un gallo que había que hacerlos multiplicar! En el alpende, debajo de la panera, yo sabía de cartones rizados. De los de guitarra. En el alpende también, junto al horno, se levantaba otro poyo. Me aposenté en todo lo alto y comencé a reproducir el mapa. El mapa del Cabo Ramiro.

Tracé, con líneas, la dirección de los barrancos. Desde el de Trimpancho al del Perro, pasando por el de los Ojos, las Tejoncillas y el del Pino. Después coloqué otros tantos puntos con los que me había quedado: Vuelta Falsa, Chozas de la Mujer, La Sepultura y Cruz del Lobo. Y, por último, puse dos señales más, una a cada lado, como entradas al pueblo: la casa de Los Matorras y el Tejar de Bartolomé. Podía haber pasos mejores, pero ¡ya los aprendería!

Me acosté temprano. Más bien para meditar. La luz de la bombilla, mortecina, se fue pronto. Antes de las doce que era lo habitual. Saqué de su cajita una mariposa y la puse a nadar en el platillo de aceite. Ahora, en el cartón, se veían más claros los rayones de tizón. Me fijé bien dónde empieza y dónde acaba el monte bajo. Dónde la mancha espesa. Dónde el barranco hondo. Dónde los arroyos y cañadas. De vez en cuando, se me venía el mapa del Cabo en su testero. Y me acordaba de mi amigo. De Ricardo. ¡Si él supiera! Era tarde. Sobre la repisa, puse todo el terreno. La llama de la lamparilla se encargó de darle vida en el tabique. Con los dedos, estrangulé el pabilo. Crujían las hojas de mazorcas en el colchón. De madrugada, debí caer rendido.

Mi madre llamaba a mi hermana:

- ¡Angelines, Angelines!...

Eso me despertó. Hacía un sol radiante. En realidad, estábamos en verano para bien decir. Angelines, nombre que por su candidez le iba como anillo al dedo, acertaba algunas veces. Aquella mañana le había dado al rulo del tostador. Tres botes de los del café estaban hasta el borde de cebada bien tostada. Alguna que otra vez nos permitíamos abrir un cartucho portugués, pero a diario no podía ser. Ayudó a mi madre a levantarse. Don Jaime, que no cejaba en sus visitas, se lo había recomendado. Eso me dio mucha alegría. Mi madre, delgada pero fuerte, había perdido vitalidad. La acomodamos en la mesa camilla. Yo me senté con ella. Mi hermana trasteaba. Cuando llegaba Joaquina, la vecina, las dejaba solas. A ellas, les gustaba contarse sus cosas. Aquel día pudimos comer los tres juntos.

Ya no tenía más remedio que darme una correría. Ana, la de la tiendecilla, vino a casa. Le extrañaba. Llevaba muchos días sin

suministrarle mercancía. Era verdad, pero lo del caballo me recarcomía. Me quemaba entre ceja y ceja. Tomé vereda y me fui a la finca. A la finca del señorito. A la del señorito de risa sarcástica. Estaba allí. Desde lejos, observé todos sus movimientos. Tras mucho esperar, montó su caballo bayo y se largó. Dejó un buen ejemplar. Una buena yegua. Blanca. Blanca como un rayo de luna. Salté el paredón. Resopló. Intentó correr de mí. Con la manea sólo pudo levantar las manos un par de veces. Me acerqué y acaricié su lomo. Como no se inmutaba, la monté. El animal, tranquilo. Parecía tener buena doma.

No lo pensé dos veces. Corrí a casa. Del dobladillo que había en la cuadra, cogí dos sacos. Amarré el uno con el otro. Ya tenía alforjas. Del arca, arrebañé cuanto en ella se alcanforaba: pantalones, -bombachos para mí-, chaquetón prieto, cañeros que herían mis rodillas, y, hasta las orejas, un raído castoreño. Cuando quise darme cuenta, yo no era yo. De haberme visto Juan José o Antonio, no me hubiese dicho "¡hola, Calderilla!". Me habría gritado "¡Calderilla!, ¿tú?", confundíendome con mi padre.

La yegua, con rozarle, volaba. Conocía las trochas mejor que yo. Y tapaba. Se notaba que tapaba. Una y otra vez. Que tapaba siempre.

- No hay duda, ésta es hija de padres contrabandistas -me dije.

La realidad lo superaba todo. Todo cuanto me había imaginado. Me sentía dueño. Amo. Amo de la yegua. Amo de la noche. De la brisa. De la Tierra.

¡Cómo me hubiese gustado verme de lejos! ¡En silueta! ¡Esquivando riscos! ¡Salvando pozos de minas! ¡Cortando aquellos rayos de luna que se filtraban por entre los claros de las encinas!.

Señora Isabel se echó las manos a la cabeza.

-¡Dios mío, Dios mío! -exclamaba.

Le di prisa. Cuando supo el pedido, hizo de su exclamación un rosario. Entre diosmío y diosmío, se interesaba por mi madre. Cargué mis sacos. Le dije bonas noites y... ¡a volar!.

Quebraba la luna. Pero había tiempo. Tomé el camino de vuelta por donde lo tomaron mis amigos aquella tarde en que me vine con ellos: del barranco del Perro a la casa de los Matorras. Para la yegua, no había dificultades. Había nacido para ello. Rodeé el pueblo. Detrás de las últimas casas, entre matas, dejé la carga. Empezaba a alborear cuando llegué a La Raca, la finca del señorito, para dejar al animal. Babeaba. Como no tenía tiempo de pagarle bien el servicio, le eché una pajada. Pequeña. Que no sobrara. Que no se notase. Por la puerta falsa entré en casa. A la habitación, de puntillas; pero mi madre me oyó.

- ¿Hijo?

-¡Hola, madre!

Y me acosté.

Hasta que rebosó la caldera, saqué cubos a rabiarse; sin garrucha, a pulso. Me metí en ella con un taco de jabón y un rollo de estropajo y me di un buen frete. Quedé como una patena para el estreno de mi camisa con ballenas. Me ilusionaba, iba a dejar, por fin, el almidonado que tanto raspaba y enrojecía el cuello. De una puntilla colgaba, sobre el poyo del alpende, un trozo de espejo sin azogue apenas; los salientes de la pared lo habían dejado casi transparente en los traqueteos. Por parte, porque entera no cabía, me miré la cara y como vi que me sombreaba el bozo, cogí del mechinal el peine de las pantorrillas de Algelines y me afeité.

Salí contento; lo rasurado, duro; el cuello, tieso; tieso y sin abrochar; algunos pelillos intentaban lucirse por el escote. Me hubiese gustado, eso sí, pantalón en vez de calzón; pantalón que me tapase, de una vez por todas, las púas de las piernas; pero no importaba, no importaba que la última carga nos proporcionaba ciertos desahogos y, aunque fuese calzón, llevaba una buena bolsa. Podía haber salido con billetes de pesetas y hasta de dos pesetas; no lo hice por cautela, por lo de siempre, por ser y no ser, así que perras chicas, perras gordas y reales. Calderilla. Sólo calderilla. Ese día intuí el porqué mi padre, Calderilla; el porqué Calderilla, yo.

La música corretea el pueblo. En las bocacalles, la gente se arremolina y su griterío se confunde con el rasrás de los zapatos nuevos y los platillos de la banda. Huele a cal, a sejillas, a ropa de colada y a las telas del ditero.

El recinto ferial no tardó en abarrotarse tan pronto como el tendido alumbró: compases de pasodobles, reclamos de feriantes desde los garabitos de sus tenderetes, tómbolas, rifas. Nosotros, la pandilla, de puesto en puesto, tropezando, a cada paso, con niñas y niñas; yo siempre topaba con la misma.

De pronto, un rasgueo de guitarra quedó un instante suspenso en el aire. Se perdió; volvió a aparecer. Me atraía. En un bar, sin apenas luz, encontré las notas en seis o siete hombres recios, en seis o siete hombres vestidos de limpio. Me apoyé sobre el quicio. Un fuerte quejido hirió la noche y caló hondo en mí:

Yo me senté en una piedra  
por no tener "onde" sentarme.  
La piedra, al verme tan pobre,

se rompió por no aguantarme.

¡Pobre del hombre que es pobre!

No hubo aplausos; para un llanto, no podía haberlos. El cante está siempre junto a la pena. El cante bueno, el cante jondo, el cante puro, el cante Cante nace con la pena, está en la pena.

Estaban allí, ¿cómo no? si de penas se trataba, los amigos de mi padre, Juan José y Antonio. Juan José tocaba la guitarra; la abrazaba de forma especial, con cariño. Antonio me vio, se levantó y alzó con una mano su copa de aguardiente y con la otra me señaló. Cantó; me cantó así:

Mi guitarra ya no suena,  
ya no tiene compañera.  
Guitarra para la pena  
la de mi Calderilla era  
la mejor entre las buenas.

Juan José, sin dar tiempo a estribillo y mirándome sin mirar sus cuerdas, me cantó también:

De bruces en la corriente  
murió de una bala herido;  
allí junto y de repente  
nació Calderilla hijo.  
¡Me gusta la buena gente!

Me despedí con la mano; un nudo en la garganta me había dejado sin habla. Ellos siguieron con un cané de jacas que galopan.

Ya no tenía ganas de feria. Martina, la de los reencuentros a cada vuelta, seguía por allí; Ricardo, junto a ella. Me dio rabia. Al paso, compré piñonate para mi madre. Le gustaba mucho.

Tuve que humedecer con la alcuza la reseca torcida; ese candil sólo se usaba en la parte de atrás. Lo enganché en la cornisa del horno de forma que se viese cuanto más se pudiera; rebusqué y, con un medio garfio, la arrastré hasta la boca. La caja, vieja, parecía estar entera; el traste, sin cejilla, tampoco se notaba dañado; de cuerdas, el bordón y la espinela partida; no tenía más. Rasqué en la que había en condiciones y un eco grave se divirtió en el pozo. Me dieron ganas de llorar.

Un reflejo iluminaba la fachada enjalbegada de una parte del patio. Me dejé caer en el escalón, junto a la yuca. Me recosté en la cancela y me puse a soñar. Por las canales caía el ritmo del contrabajo, y el clarinete, de vez en cuando, hacía alarde de su tono en todo lo alto del caballete. Se notaba el relente; por agosto, las noches refrescan mucho en nuestro Andévalo. Aparecían y desaparecían los negros ojos de Martina, el olor de los churros, las cadenas de colores, los rasgueos de las cuerdas, los fandangos: el de la piedra que se rompe, el de la guitarra sin compañera, el de la muerte por bala herido, el de la jaca que galopa, ...

¡Quién tuviera una jaca!

¡Una jaca blanca!

¡Si mi padre hubiese tenido una jaca blanca!

¡Si la hubiese tenido! ...

Sería medianoche. Estaba seguro que no podría dormir. Como para mí la feria había terminado, me quité mi camisa de ballenas. La colgué de la percha. Bien colgada. La camisa tiró del calzón. El calzón, de los zapatos. Las hojas de maíz volvieron a crujir como siempre. El bumbún-bumbún del contrabajo atrevesaba los tabiques. De nuevo ¡soñar?. Yo no he nacido sólo para soñar. Di un brinco. El brinco de costumbre. Me vestí de faena y cogí la mochila. Evité a los que iban y venían del bullicio y me puse en camino.

La luna se levantaba. Por ello supe la hora exacta. La una menos cuarto. La noche anterior empezó a subir cuando el reloj del Ayuntamiento martilleaba las doce. Pero, esta noche el tiempo no me apuraba. Si no volvía con el lucero de la mañana, lo haría con el de la tarde.

Al pasar por La Raca, la finca del señorito, me acordé de la feria. De los alfajores. A las jacas les deben gustar ese emplaste de nueces y almendras aprisionadas en oblea. Además, parecen estar hechos para las jacas. Para las bocas de las jacas blancas.

Me apoyé sobre la tapia. Retozó; dio un leve relincho; me provocaba. Levanté la laja y cogí la llave del candado. Le di palmadas en el lomo, le tiré de la crin, le apreté el hocico con mis manos. Ella me daba topadas; topadas y topadas. Esta jaca era tan hija de padres contrabandistas como yo. Ya me despedía cuando en el cobertizo un bulto extraño me llamó la atención: una montura. Al lado, unas alforjas y junto a éstas, unas bridas. No lo dudé. Era la jaca... La jaca la que quería aventuras, la que estaba pidiendo guerra.

Veía cómo las orejas, al igual que las de Antonio, iban adelantadas; cómo le bailaba la crin; cómo saboreaba el freno. ¡No le faltaban reaños, no! En una loma la enserreté, le di media vuelta y miré atrás. Allá, a lo lejos, el resplandor. Sin darme cuenta salió mi primer fandango a pleno pulmón:

Mi guitarra ya no suena,  
ya no tiene compañera.  
Guitarra para la pena  
la de mi Calderilla era  
la mejor entre las buenas.

Aún venían en mis oídos los diosmíos de señora Isabel; húmedas de las corrientes del Chanza, las suelas de los cañeros; y, de los tollos asados la tarde anterior, los últimos humos en mis pulmones. Yo, entremezclando mil estampas; la jaca, al trote; y, traspasando el cenit, la luna. El animal recela; hace un extraño; resopla. Me espabilo y extiendo la vista. Al fondo, en el contraluz de un rayo de luna, la sombra. La sombra terrorífica, la sombra medrana. Siento al punto, el frío de la yegua, la jindama del animal, y siento, en mí, ponérseme los pelos de punta y quedarme sin gota de sangre en el cuerpo. Al unísono, la sombra levanta su pistola, la yegua eriza la crin y yo agujijoneo; y, al unísono también, una da su ¡alto a la Guardia!, otra relincha y yo grito cuanto puedo: ¡Hijo putaaa!

Como un rayo, la yegua arranca y obedece al giro a un leve roce de bridas. Traquetean los primeros tiros. Con bríos encaramos un repecho bien pronunciado. Otra sombra nos aparece arriba; la sombra compañera. Otro ¡alto a la Guardia! y más tiros a bocajarro.

- ¡Mierda, mierda, mierda! -me digo una y más veces.

Sin saber por dónde romper ni cómo salir de la que teníamos encima, hacemos un quiebro y nos encallejamos entre el fuego de las pistolas ensañadas. Silban las balas por uno y otro flanco. Una, de rebote quizá, parece venir con más fuerza y con más tino. El animal la siente. Da un

traspié. Se repone y, salvando el baldío, nos adentramos en una mancha espesa. Ahora, más pujantes que raudos, rompemos el enmarañado jaral cuyas pencas, a la vez, nos van despellejando.

Entre las matas de siempre, buenas torvisqueras, dejé la carga. La más voluminosa de cuantas había traído hasta ahora. Ya renqueaba. En un regajo, le quité un cuajarón de sangre y le lavé la herida. Un refilonazo en la pata izquierda.

La orquesta no tocaba. Por las calles, rondaban guitarras. En casa, Angelines y Sebastián el barbero apuraban tejeringos de una pringosa estraza. De la chaqueta de mi padre cogí cuarterón y librito y, en el poyo del alpende, lie un cigarro y empecé a darle jaladas.

En pocas horas, ¡mi primera camisa de ballenas!, ¡mi primer fandango!, ¡mi primera gran carga!, ¡mi primer cigarro!

Esta vez no estaba dispuesto a dar cien viajes a las torvisqueras. En el huertecillo, encontré a Juan José que, cubo a cubo, regaba tomateras. Le pedí un doble favor: cuerdas de guitarra y un burrillo con serón. Cogiendo las vueltas de unos y otros, acarree mi carga y, en el doblado de la casa, la escondí.

El verano se iba. Sin embargo, todavía se agradecía tomar el fresco. Los umbrales de las puertas, los patios y los corralillos eran los puntos. En mi casa, se tomaba siempre en el interior. A mi madre, en este tiempo, no le atacaba tanto la asfixia. Se sentaba, junto al pozo, en una mecedora y perdía su mirada más allá de las estrellas. Yo solía hacerlo en un escalón, recostado en la cancela.

Aquella noche, mi madre había regado los riscos. Templé mi guitarra. La guitarra de mi padre. Punteé y di por bajo algunos tonos de fandangos. Estábamos solos. Mi madre y yo. Solos los dos. -¿Solos los dos?- De vez en cuando, llegaba el aroma de alguna dama de noche, de algún romero y llegaba también, del tiesto, el aroma de la yerbabuena. Un grillo mandaba su cric-cric. Las ranas croaban y, en el poyo engurruñado, ronroneaba nuestro gatillo canelo. ¡Qué noches de pueblo!: ¡sin coches!, ¡ni tren!, ¡ni fábricas! ¡Sólo aire puro! ¡Sólo aire puro y ensueño!

Tenía que dar larga a la carga. Entera era mucho para la tiendecilla de Ana. Juan José y Antonio me apuntaron la manera más apropiada para mí. Me dieron las señas de los enlaces en los pueblos más cercanos. Pero también me avisaron de los controles que había, tanto a la salida como a la llegada, si se iba en camioneta. Había que ingeniárselas y me las ingeníé.

Bajo un asiento de los de atrás, colocaba el paquete y me sentaba en otro distinto. Que rebuscaban los carabineros y lo encontraban, perdido estaba. Que no, cogía mi paquete y adelante. Para el control de llegada, una nueva estratagema; poco antes de llegar, dejaba caer mi paquete por una de las ventanillas. De esta forma, bajaba limpio. Sólo tenía que retroceder y, de nuevo, hacerme cargo de lo arrojado.

Al principio, correteaba por los dos pueblos limítrofes. Poco después, me fui alargando por el resto de la comarca. De cada lugar, sólo conocía lo que me interesaba conocer. De uno, La Cebadilla. De otro, El Santo. De éste, El Molino de Viento. De aquél, El Calvario. Lugares, todos, de entrada y salida rápidas. Y, en cuanto a personas, las precisas.

Se me conocía, aquí y allá, por Calderilla. Alguien me preguntó un día por mi gracia y yo apenas si me acordaba. Después, por más que le decía

que Calderilla, él que Luis. Él se encargó, en adelante, de que no se me olvidara.

Me gustaba andar. Estaba hecho a ello. Por eso, las vueltas las hacía a pie. Buscando nuevos caminos; nuevos cortes. Un día perdí el norte de donde me hallaba. Estaba nublado. No podía orientarme con el sol. Me recosté en el tronco de una encina. Me entretuve algún tiempo, observando la parva que se avecinaba. El musgo, húmedo, hizo cambiarme a la parte opuesta. De pronto, sentí una inmensa alegría. Había encontrado el Norte. Había encontrado el Norte y el Sur. El Norte, el Sur, el Este y el Oeste. Ya podía seguir. Podía seguir ese día. Ya podría seguir siempre. Con sol y sin sol. El Norte tenía que ser, a la fuerza, la parte musgosa de los troncos. La parte de los troncos donde nunca da el sol.

El tiempo pasa. Y pasa de prisa. Poco a poco se iba quedando atrás el boliche, el trompo, la tángana, el caneco, el pistolín de vara de adelfa. Ahora gustaba más la charla, el cigarrillo, el tute y la pandilla. Pero una pandilla de calzones y faldas; de cabezas al rape y blondas cabelleras. Y, juntos, asaltar huertas. Y, juntos, aspirar el olor verde de las limas, de las naranjas sin hacer. Y, juntos, asaltar forrajales. Y, juntos, formar orquestas con el pirripitar de las pitaeras.

De todos era ya conocido a qué me dedicaba. Todos conocían mi trabajo. Más brillante, por cierto, el beneficio que el oficio. Pero, yo no lo había elegido. Había nacido con él. Había nacido con él como había nacido espigao, como había nacido moreno, ¡bien moreno!; más que moreno, negro; como había nacido con ojos saltones al igual que mi padre. Es posible que fuera esto, los ojos, lo que aportaba mi padre, como contrabandista, al grupo de sus amigos.

Ricardo no iba a ser menos. Él también conocía mi trabajo. Creo que, más de una vez, me lo envidió. Sus bolsillos siempre estaban secos. El botellín de vermut con su poquito de sifón era normal que lo pagara yo. Aunque de ello no se hablaba, me dio por decir una tarde como entre dientes:

- Mañana, ¿por dónde tirará la pareja?

Se encogió de hombros. Seguimos dando vueltas y vueltas por la calle que hacía de real.

- Espera un momento, -me dijo.

No tardó mucho en llegar ni en hablarme muy bajito:

-Mañana sale por la carretera del cementerio a las siete. Regresa por el mismo sitio a las veinte.

Me quedé como con un jarro de agua fría. Yo no quería eso. Menos, involucrar a un amigo. El trabajo era mío. Sólo mío. Muy serio, le repliqué:

- Gracias, pero no vuelvas a hacerlo.

Mi hermana se casa. Sebastián era uno de esos hombres responsables. Muy cuidadoso de todo lo suyo y de sí mismo. Abría siempre a la misma hora. Y a la misma hora, cerraba siempre. Si, al concluir, quedaba algún cliente sin arreglar, corría la cortina verde, hecha de gamones por él mismo, y continuaba con su vacía, su brocha y su navaja. De él, las manos, blancas y húmedas, me daban cierto repelucó. Después, charlatán como todos los barberos que he conocido.

De la boda, recuerdo que abundó en calabazates, jilillos de sidra y en rosas y pestiños enmelados. Pero el mejor recuerdo es el de los pantalones. Ya estarían para siempre resguardadas las púas de mis piernas.

La tarde se había presentado fría. El sol, sin fuerzas, bañaba de púrpura las casas del pueblo. Agrupándose, las nubecillas se enlutaban. La racha cortaba por las esquinas. Murmullos. Charlas confusas. Ecos lejanos de alguna cabalgadura. Muda. Una tarde muda. De pronto, oigo prisas. Corro. Corro por donde corren. Allá, por El Castillo, las sombras de cuatro figuras desdibujan el horizonte. Dos, con cuerdas, vienen atados. Los otros empuñan armas.

Me acerco y un sudor frío me cubre el cuerpo. Uno era un portugués largo y negro. El portugués largo y negro que yo conocí en la tienda de Isabel. El amigo de mis amigos. Derrotado. La cabeza, tronchada. Los labios, amoratados. La frente, sudorosa. La ropa, rota y negra de lodazales.

El corazón me palpita ligero. Me veo amarrado entre ellos. Los niños se arremolinan. Las jovencitas susurran. Los mayores, tras los postigos de casa, estatuas de miedo. Y la Guardia, abriendo calle, avanza firme en su andadura y los deja bien encerrados.

Los nubarrones han ido cubriendo de sombras los aleros y lutones de las casas. Sobre la tierra reseca, han caído gruesas gotas y huele a tierra mojada. La noche se ha cerrado. ¡Qué larga se me iba a hacer! ¡Qué tensa!

He sido el último en abandonar el tumulto. Embebido, doblo la callejuela que da a casa.

-¡Un momento, Calderilla!

Sí, me estaba esperando. Me estaba esperando el de la risa sarcástica. El amo de la yegua. Sentí, al instante, ponérseme los pelos de punta. Guardó silencio. Un largo silencio. Imponía. Era un hombre maduro, de pronunciado estómago, canoso, de piel blanca. Un enmarañado de venillas rojas le entrecruzaba los pómulos. De pocas palabras, mas cada

una, una sentencia. Me miraba. Sonreía. Parecía ser el dueño de todo. El dueño de todo y de todos.

-¡Ahora, me toca a mí!, -continuó sin quitarse el cigarrillo de la comisura de los labios.

Yo temblaba viendo la que se me venía encima.

-¡Toma, -prosiguió dándome algo reliado-, pásale esto a los encarcelados! Después, por si necesitan ayuda, esperas hasta que hayan salido. ¡Ah, -continuó-, la yegua no la vuelvas a montar; está preñada!

Sin más, se alejó. No pude decirle que no, me había dejado sin habla. Por otro lado, no estaba en situación de negarme.

Por entre los barrotes del ventanuco, lancé un chino. Antes de caer, unos ojos brillaron en la oscuridad. Como pude, me engarabité y los hice dueños del paquete. Antes, en casa, yo había curioseado. Dos cortafríos. Dos buenos cortafríos.

Frente a la cárcel, recostado sobre un lutón, llevaba horas engurruñado. Muerto de frío. Muerto de miedo. La noche, como boca de lobo. Alguna que otra vez, un relámpago iluminaba unos instantes las paredes encaladas. En la reja, los presos canturreaban. Fados y fados. Al compás, un tenue rasgueo de guitarra: el de los cortafríos sobre los barrotes. En el pueblo, entregado al sueño, eso era lo único que rompía el silencio: el canturreo que tapaba el rasrás de los cortafríos sobre los barrotes.

En esas horas, ¡cuánto pude pensar! ¡Cuánto soñar! ¡Cuánto conversar! Sí, conversar. Yo me interrogaba y yo me respondía. Me hablaba del señorito. De su barrigota. De su elegancia en el saludo rozando apenas, con las yemas de sus dedos, el ala de su mascota. De su risilla de oro por enseñar su diente o sabe Dios para qué. Me acordaba también del reloj de cadena en su chaleco de paño. Del bambú colgado de su muñeca. De sus bocanadas de medias libras. ¿Cómo sabría lo de la yegua? Me había espiado. Me había visto y me había dejado. Me había lanzado un anzuelo. El barrabás me había tendido una trampa. Me había hipotecado. Él, el contrabandista mayor, paseando. Paseando con sus manos limpias. Los pobres, atravesando la Raya para él. Exponiendo sus vidas para él.

Un crujido cortó de pronto mi conversación. Los barrotes se doblaban. En el corral vecino, un gallo cantó las cinco. Ladraron los perros. Las nubes se han dispersado y han dejado la noche rasa. Por entre las barras retorcidas, un rayo de luna me mostró la cárcel deshabitada.

Estuve algún tiempo desmochando monte. Unas veces hacía cisco; otras, acarreaba cargas de jaras. Pero, eso no era; eso no era lo mío. Lo mío era la mochila, lo fronterizo. Sin embargo, cada día se me hacía más cuesta arriba la correría a pie. Ni me llenaba ni me cundía. Esas correrías estaban bien para las mujeres; para mí, no. Para mí, la jaca, las alforjas, las sacas. Sueños. Sólo sueños porque, quisiera o no, la necesidad se imponía al gusto. Así que, una mañana, tomé mis arreos y me lancé al camino. Mejor no haberlo hecho. Esta vez iba a dar con mis huesos en el calabozo.

Fue a la vuelta. Un terreno montaraz aprisionaba la trocha por la que regresaba. Con las manos separaba las ramas que se entrecruzaban a mi paso y que restallaban después, fuerte, en la lona de la carga. Sentí, de pronto, cómo finas garras trincaban las correas de la mochila por uno y otro lado. Me revolví y, al ver a la pareja, la jindama se apoderó de mí. Dejé libre, no sin antes forzajear, la hebilla del pecho y, como una víbora, salté a la maleza. Oí ¡alto! un montón de veces. Pero, ni yo oía bien ni ellos, con el alijo en sus manos, tenían ganas de darse a los pies.

En el Cuerpo de la Guardia, como en cualquier otro cuerpo, hay de todo: personas que nacieron buenas y son buenas, personas que nacieron malas y son malas. Estas que acababan de arrancarme la mochila eran de las primeras. Había estado en sus manos. Podían haberme esposado en un santiamén. Pero, no. Se conformaron con el alijo. Sólo con el alijo. Con él, ya iban justificados. Sin embargo, no iba a tardar mucho para encontrarme con los segundos. Con los malnacidos. Con los que llevan ulcerados sus estómagos.

Después de correr un buen trecho, me dejé caer en una laja que sobresalía en un pedregal. Poco a poco, la respiración se fue calmando y cogiendo el corazón su ritmo normal. La mala suerte había caído de nuevo sobre mí. Me encontraba a medio camino. A medio camino de ida. A medio camino de vuelta. A medio camino ni de ida ni de vuelta. A medio

camino sin carga. A medio camino sin carga y sin dinero. En la mochila arrebatada, se me había ido cuanto me rezaba.

Tenía que regresar. Regresar y volver a abusar de la amabilidad de señora Isabel. Crucé la Raya una vez más. Isabel, la buena Isabel, tuvo que surtirme hasta de mochila.

Regresaba más confiado que nunca. La Pareja debía de estar en el Cuartelillo del pueblo mostrando su aprehensión. No obstante, ni tomé el camino anterior ni me metí por trochas angostas. En este tiempo, como son cortos los crepúsculos, el sol pasa de plata a oro en un abrir y cerrar de ojos. Ahora, la tarde presumía dorada. La hierba, en este tiempo también, todavía crujía y olía a seca a cada paso.

Venía tranquilo. Demasiado tranquilo. Mientras, el Cabo, el cabo Ramiro, haciendo sombra con la sombra de los alcornos, aguardaba en todo lo alto de una picota. Éste, el Cabo, era de los malnacidos. De aquellos de estómagos ulcerados. Él, dueño de las papeletas de servicios, se despachaba a placer. Él, solo, se encargaba de cubrir cuantos puestos quedaban libres. El tac-tac restalló a mis pies levantando una espesa polvareda y, al punto, retumbó el ¡alto! y su eco resonó cañada abajo.

Al trasluz, lo vislumbré. Era él. El Cabo. Con sus botas del cuarenta y cinco y sus manazas de gigantes. Encorvado por la cerviz como todos los grandullones. De piel tostada de tantas esperas, gruesos labios y mirada fija como de búho. Eché a correr más de lo que podía. No miré atrás. No sabía si él iba o venía, si subía o bajaba. Cortó. El hijo de puta cortó. Cortó y me cerró el paso. Desfallecido, caí a tierra. Él, también; pero sin dejar de apuntarme con el pistolón. Cuando se repuso, se me vino encima y empezó a darme patadas por donde me cogía. Me alzó violentamente y, con las fuerzas que le quedaban, me arreó tal puñetazo que empecé, al instante, a sangrar por boca y nariz.

La luz mortecina del pueblo y lo maltrecho de mi estado no impidieron que alguien me reconociese antes de entrar en el Cuartelillo. Me sentaron en un viejo banco de madera. El cabo Ramiro, como un general, pasaba de una sala a otra y de ésta a la primera sin parar. De una de estas entradas y salidas, salió fresco y aseado. Al rato, llegó el escribiente. Rellenó un papel de barba y me preguntó

- ¿Sabes firmar?

- ¡Sí!, -le contesté.

La pregunta me dio coraje. Estuve a punto de gritarle:

- ¿Firmar? ¡Firmar, leer y escribir sé mejor que cuantos corren detrás de mí!

Y, en cierto modo, era verdad. Que le pregunten si no a don Juan quién era el puntero en aquellos años en que nada me ataba para ir a la Escuela. O, si quieren, que me pregunten capítulo por capítulo de la novela "Madrecita" que mi madre recibía por entrega. O cuento por cuento del "Para mi hijo". O tema por tema del libro "Urbanidad" que se guardaba, y se guarda aún, en el chinero del comedor.

-Sí, señor Escribiente, sé firmar, leer y escribir mejor que cuantos corren detrás de mí.

Todo eso quería haber dicho. Pero, no lo hice. Me limité a intentar leer lo que tenía que firmar. El Cabo me lo impidió con un vozarrón:

- ¡Que firmes, coño!

En mi traslado a la cárcel, noté que el pueblo ya se había enterado. La gente transitaba como por casualidad. Yo sabía que no. Menos con Ricardo, me crucé con toda la pandilla. Martina, desde un portal, me dio a entender que ella se ocuparía de mi madre. De eso estaba seguro. Habían congeniado las dos y pasaban muchas horas juntas.

La cárcel estaba siempre abierta. A la izquierda, en una salita, estaban los mapas del Cabo. A la derecha, el calabozo con buen cerrojo que chirrió al correrlo para abrir y chirrió al correrlo para cerrar. No iba a estar solo. Dos portugueses, delgados como todos los buenos contrabandistas, me escudriñaron de la cabeza hasta los pies y de los pies hasta la cabeza. Rendido, me senté en un rincón.

Dos hombres, dos mantas, cuatro paredes, una puerta y una reja. No veía más.

El alguacil era un hombre bonachón. Bajo, delgado y, por los años, canoso y encorvado. Arrastraba los pies al andar por lo que, antes de llegar, nos poníamos en guardia. Con toda amabilidad, me trajo mi plato de arroz con bacalao y mi mendrugo de pan. Y, con toda amabilidad, me proporcionó el tabaco de cuarterón que le pedí.

La cárcel es como la alcoba de cualquier casa. Reducida, fría y de poca luz. Y a eso estaba yo acostumbrado. La cárcel para mí es el cerrojo. La falta de libertad.

Los compañeros de celda estaban muy nerviosos. La aprehensión había sido de importancia y esperaban el traslado a la Provincial. Planearon su plan de evasión y me hicieron partícipe de él. A mí no me convenía. Lo incautado había sido poco. Además, ¿a dónde me iba a marchar? ¿A mi casa? ¿Esconderme? Sería seguir como donde estaba. Ellos, sí. Ellos lo tenían decidido y lo llevaron a la práctica.

Esperaron al guiso de la cena; la noche es más amiga del contrabandista. A esa hora, por otro lado, el Cabo nunca se encontraba en casa. Por el ventanuco, llegó el rozar de las suelas sobre los riscos. Se apostaron para la misión. Uno en cada quicio de la puerta y cada uno con su manturruco. Abrir la puerta y verse el pobre hombre envuelto en ropajes fue todo una. Calle arriba, buscando el descampado, volaron los fugitivos como alma que lleva el diablo.

Eran las cinco de la mañana. A punto de amamecer. No sé qué tiene el amanecer que tantas vidas se lleva. La noche anterior nos sentó a su cama. A los cuatro. A Martina ya se la consideraba como a uno más de la familia. Allí, incorporada con la ayuda de la almohada doblada, nos miraba. Después nos habló con pocas palabras. Sin retórica. Con el corazón.

- Sed buenos, hijos.

Ella debía sentir que la vida se le escapaba. Seguía mirando. A uno por uno.

- Quered mucho. Quered mucho a toda la gente, -añadió.

Entre frase y frase, parecía como si recordara. Como si estuviese viviendo de nuevo su vida. Poco a poco fue cerrando sus ojos para no abrirlos más.

El viento, a ráfagas, traía el eco de las campanas. Las mujeres, vestidas de negro, llenaban la corriente, la corriente donde yo nací; los hombres, de limpio, el patio y el corral. Entre éstos, me agradó ver al que había sido mi maestro. A don Juan. Era éste un hombre apuesto. De pronunciada barriga que él sabía llevar sin desdoro. Sus patillas de plata resaltaban con el negro de sus gafas de sol que nunca se quitaba. Venía después su gracejo gaditano y un sutil sentimiento que le hacía humedecer con frecuencia sus ojos. Ahora se entretenía con las hojillas de yerbabuena que, en un cajón, teníamos en el poyo del alpende.

El Cura se presentó con capa e incienso. Según el arancel, no correspondía ni lo primero ni lo segundo. Estos detalles se agradecen mucho. En un rincón, a la derecha del cementerio, había un hoyo que hacía tiempo que esperaba. Allí, quedó mi madre enterrada.

La casa, para mí solo, resultaba grande. Las horas se me hacían infinitas. Yo, antes de la muerte de mi madre, trasteaba bastante por todos los recovecos del patio, del alpende y el corral. No lo había hecho, sin embargo, en el interior. Ahora, sí. Ahora, me entretenía abriendo y cerrando cajones, removiendo plateros, rebuscando por alacenas.

Aprovechando el hueco de escalera del soberao, se encontraba una bodeguilla de la que sólo conocía bien el olor rancio que salía por lo respiraderos de la puerta. Al abrir, me invadió una bocanada de sabores viejos. Al frente, la orza que, algunos años por Navidad, rebosaba de pestiños. A la derecha, otra: la de las aceitunas en salmorejo.

Por el resto de la casa me encontraba de todo. En la mesita de noche de mi madre, abajo, había seis o siete novelas de rodeo atadas con guita. Al lado, unas gafas de caré con cristales de vista cansada. Y, en uno de los cajones de la cómoda, me di con ropas de recién nacido. Mías, sin duda. Así, de aquí para allá, de allá para acá y cocinando cuando llegaba el momento, me pasaba las horas en casa.

Por las tardes, paseaba. Normalmente, con Martina. Las tardes en nuestro Andévalo tienen un profundo misterio. El sol, tibio, enrojece los tejados. Vencejos y golondrinas giran con raudos vuelos, disputándose los aleros más altos. Junto a la pirulinera, los niños celebran combates fieros y las niñas cantan al corro. Los jóvenes, en grupo, hacen de cualquier calle un real. Y la gente mayor, sentada en umbrales, contempla el cielo estrellado. Sí, las tardes, en nuestro Andévalo, tienen un profundo misterio. No hay coches, ni trenes, ni fábricas. Sí, las tardes de nuestro Andévalo riegan el alma de paz y sosiego.

La noche es otro cantar. La noche es de hombre. Sólo de hombres. Las botas entachueladas van dejándose caer, con ganas, sobre los riscos de los que, a veces, sacan chispas que refulgen en la oscuridad. Alguna tos. Algún carraspeo. Después, el golpear de nudillos sobre el hule y la voz aguardentosa:

-¡Las cuarenta en bastos!

Fue una de esas noches de cartas. Entre descarte y descarte, Juan José, indicándome la salida, me guiñó. Algún tiempo después, íbamos a sufrir las consecuencias de ese guiño. En la esquina que hacía una calle con un callejón, nos esperaban tres. Hacía rato que la luz del pueblo había dejado de alumbrar. Me costó reconocerlos. El señorito Agustín llevaba la voz cantante. Esa noche, no se le podía ver con nitidez su risa sarcástica. Cinco caballos eran los que se necesitaban esta vez. Cinco caballos con dos sacos terciados cada uno. En estos momentos, entré de lleno a ser contrabandista serio. La fecha quedó fijada. Y el porcentaje. Yo no quería parte. Yo pedí la cría de la yegua que estaba a punto de parir, aunque para ello tuviese que dar ésa y cuantas partidas más fueran necesarias. El trato quedó cerrado.-

La carga llegaría de Vila Verde de Ficalho. Nosotros tendríamos que recogerla en la Frontera a la altura de Azehna de Cima, justo donde la rivera Chanza empieza a formar límite con Portugal. Tomamos cada uno caminos distintos para la ida. Yo lo hice por el Cortijo del Ovejero; atravesé la Vega de Valonero y la Dehesa de Cortelana de donde enfilé el Norte, buscando nuestro punto de encuentro. Allí nos reunimos los cinco al atardecer del día previsto. Descansamos esa noche y todo el día siguiente. Cargamos y, con las sombras de la tarde, comenzó el regreso.

Los caballos venían uno a uno. Distanciados de tal forma que, sin dejar de estar en grupo, estuviesen lo suficientemente separados para que, si alguno tenía algún tropiezo, pudieran salvarse los demás.

Hasta la Rivera de Calabozas, todo fue bien. A partir de ahí, lo montaraz de las sierras empezó, en gran manera, a dificultarnos el paso. Aquí, no. Aquí, no hay aminos de cabras. Ni veredas. Ni trochas. Es todo maleza: jaras, acebuches, carrascas, madroñeras. Y todo, enmarañado. Enmarañado todo y cosido una y mil veces por gigantescos zarzales. El ruido de las aguas, turbulentas en profundos barrancos, se entremezcla con el zumbido del viento; con graznidos de cornejas, de grajos, de cuervos.

Cuando Juan José, primero de la comitiva, lo cree conveniente, hace una señal. Da un silbido. Silbido que nos pasamos unos a otros hasta el último. Entonces, cada uno busca la guarida más a mano. Aliviamos de la carga a los caballos y les damos una porción de cebada en el morral.

Hacía como una hora que habíamos emprendido de nuevo la marcha. Siempre jugando con las entreluces del día y de la noche. De la noche y el día. Caminábamos encajonados entre dos abruptos montes del Aserrador. De uno, sorteábamos la maleza de media falda para abajo. Del otro, veíamos cómo, en su cumbre, empezaba a clarear.

Es Juan José quien se da de lleno con un contrabandista de a pie. Harapiento. Yo, el tercero, lo pude comprobar poco después. Barbas de semanas. Suciedad de meses. Una chaquetilla hecha jirones. Pantalones parchados. La mochila, de ocho o diez paquetes, descolorida y rota. Se han dado las buenas auroras. El mochilero ofrece su petaca. De pie de pie, lían sus cigarros y mantienen, mientras, una breve conversación. Juan José sabe que el harapiento descansa. Que no lleva prisa. El harapiento sabe que somos cinco. Juan José ha seguido. Uno a uno, nos vamos dando con el harapiento. Se entrecruzan los adiós. El mochilero ha dejado pasar al quinto. Lo ha dejado pasar como unos treinta metros. Es entonces cuando se levanta y, de entre unas matas, saca su metralleta y empieza a disparar con gritos de ¡alto a la Guardia! Otras metralletas, por delante de Juan José, se unen al fuego. Nos han encerrado. Los caballos resoplan. Relinchan. Nosotros, rápidos, cortamos las cuerdas y, dejando libres las cargas, nos perdemos por las manchas. ¡Hay que salvarse!

Cuando una operación de esta índole se va a llevar a cabo, se toman las máximas precauciones: enlaces; caminos; si hay o no, luna; si habrá o no, borrasca; y, todo, con el mayor sigilo.

Esta vez así se había hecho. Sin embargo, algo falló. Algún cabo suelto sin duda. Una cosa sí era cierta: el chivatazo había existido; la Guardia lo sabía.

Tras analizar la operación paso por paso, dimos con lo que buscábamos. Fue la noche del tute. La noche en la que Juan José me levantó de la partida de cartas. El guiño había sido observado. De entre los mirones, alguien había desaparecido. Alguien había abandonado la reunión antes de lo habitual. Sólo lo hizo uno. Sólo lo había hecho el hijo del cabo Ramiro. Sólo lo había hecho mi amigo. Mi amigo Ricardo.

Lo conseguí. La yegua la tengo en casa. Me costó sudores. Una tarde me llegué a La Raca. Le hice ver al señorito que el animal no podía quedarse allí solo como él quería. Al principio, estaba duro. Temía que nos vieses juntos. Que nos relacionasen. Al fin, lo convencí. Tuve que prometerle que la yegua no saldría de la cuadra. Que no sería vista. Y le prometí también, que estaría cuidada. Y, como lo prometí, lo cumplí. Lo uno y lo otro. En lo segundo, me excedí. La cuidaba día y noche. La mimaba. El primer día, con un taco de jabón verde y estropajo, le di por todo sitio; por su hocico; por su lomo; por sus corvas: por su bombo, donde ya coceaban, fuerte, un montón de patas. Y, como tenía tiempo, me entretenía algunos ratos, haciéndole rizos en la crin.

En la cuadra, me pasaba las horas muertas. Un tronco de madera hacía de umbral. Me sentaba en él y, contemplando la yegua, perdía la noción del tiempo. Intentaba adivinar cómo era lo que tenía en su barrigota; si blanco o castaño; si fuerte o débil.

- Será blanco y fuerte. Blanco y fuerte como la madre, -me decía.

Martina me visitaba mucho. Y allí, acurrucados en el madero, hacíamos los dos compañía a la primeriza.

Las noches no eran muy distintas. Lo mismo me acostaba que me levantaba. Las pasaba en blanco. Y siempre pensando en lo mismo; en la cuadra; en la yegua. Una madrugada, un relincho me sobresaltó. Parecía

como si me llamase; como si me dijera que no me apartara de su lado. Estaba nerviosa; con las pezuñas, raspaba y raspaba la tierra; movía vertiginosamente las orejas; y, de un lado a otro, lanzaba su cola sin parar. Después, con mucho cuidado, se echó a todo lo largo y se puso a parir.

Unas patas largas y delgadas, como palitroques, empezaron a salir. Al animal le costaba. Tenía que ayudar y ayudé. Como pude. Más con el alma que con fuerzas. Temía que se me desmembrara, que se me rompiera entre las manos. Afuera ya, intenta ponerse de pie, pero no sabe guardar el equilibrio; se tambalea. Tuve que ampararlo para que no se cayera.

De pronto, el que me tambaleo asustado soy yo. Otras patas larguiruchas están haciendo su aparición. Dos. Son dos los potrillos los que van a ser paridos. Allí en medio, dejo al primero en tengueregue y corro en auxilio del segundo.

Ya tengo a los dos de pie. Antes, he atrancado puertas y enfechillado ventanas. No quiero que puedan molestarnos, que puedan enterarse. Ahora, sí; ahora, me recreo; me recreo en la blancura de uno y en la blancura del otro; en la mecha negra de uno sobre el testuz y en la mecha negra del otro sobre el testuz; en el belfo grisáceo de uno y el belfo grisáceo del otro. Son iguales; si uno renquea, renquea el otro; si uno encoge o estira orejas, o sube o baja la cola, el otro encoge o estira orejas, o sube o baja la cola. Son iguales. Iguales como dos gotas de agua.

Me encontraba lleno de vida. De optimismo. Esa pareja de potros me daban una fuerza y un arrojo inusitado. Ya he desahijado. La yegua está en La Raca y los potrillos en casa. Unas veces por la mañana y otras por la tarde, cogía uno y se lo llevaba a la madre. Siempre, uno. Siempre, uno solo. El otro quedaba bien guardado. Ese iba a ser, en adelante, mi gran secreto.

Esa fuerza y ese arrojo que tenía, hacía que no parase un momento. Las grandes lluvias habían llegado, pero no importaba. De dos en dos días o de tres en tres, me acercaba hasta la Raya. El cauce iba a rebosar. Tampoco importaba. Con una cuerda, lanzada de una a otra ribera,

pasaba mi carga. Poca, porque la cuerda, con el peso, se bamboleaba mucho. A todo lo largo de la Raya, se encontraban los guardiñas por un lado y por otro, los carabineros; por eso, la operación había que llevarla a cabo con el mayor sigilo; ni una voz; ni una tos. En una lata, que hacíamos deslizar por la cuerda mediante una argolla, metía el dinero de la compra y, en la misma lata, mandaba un papel con el día y la hora del próximo encuentro.

Esa fuerza y ese arrojo que me daban los potros, hacía también que me desplazara con más frecuencia a los pueblos vecinos. Y si antes salía a escape, ahora me enredaba con facilidad en cualquier tasca de la que saliese un tono de fandango o un rasgueo de guitarra. Yo llevo muy adentro esta tierra nuestra, y esta tierra nuestra está forjada de fandangos y guitarra. Un fandango o un rasgueo de guitarra es para mí como una jaca cargada de contrabando. Una noche, de una de estas tascas me llegó un fandango valiente:

La Puebla tiene La Peña,  
Santa Bárbara, La Santa,  
Paymogo tiene El Castillo,  
El Morante está en Calañas.  
¡Reliquias de mis galanas!

Al oír el nombre de estos cabezos, que tanto he pateado, me invadió una extraña sensación. Y es que estos cabezos son como míos porque, en cada uno de ellos, he ido dejando parte de mi piel, parte de mi sangre, parte de mi vida. Así que, sin poderme contener, contesté:

La Puebla tiene La Peña,  
Santa Bárbara, La Santa,  
Paymogo tiene El Castillo,  
El Morante está en Calañas.  
¡Testigos de mis andanzas!

No lo hemos pensado. Ni mucho, ni poco. Fuimos a por las bendiciones y el Cura nos las echó. Martina es muy activa. Por otro lado, la Guardia nos acosaba. De modo que, por ambos motivos, decidimos meter algo en casa con algún otro quehacer.

A mitad de camino entre el pueblo y la frontera, hemos levantado una choza con pinta de casa. Con unas cabras y un huertecillo, nos bandeamos. Yo riego y ordeño. Martina, con una cantarilla de leche y un cesto de tomates, donde entremezcla algún cartucho, se acerca al pueblo. ¡No!, lo de la Raya no lo hemos dejado; seguimos con la querencia. Además, ahora, estamos más al tanto de los correteos de unos y otros.

Cierta mañana, se acercaron a la choza una cuadrilla de portugueses. Ya mucho antes de llegar ellos, se había extendido en derredor el olor del café. Querían aguardar allí hasta que oscureciese. Yo, que conozco bien el celo desmedido de cuantos salvaguardan la frontera, les hice ver el peligro a que nos exponíamos todos. De llegar la Guardia, como llegó, sería fatal para matuteros y encubridores. Vieron de buen modo mi razonamiento y se situaron en unos sembrados que había frente a la casa.

Con la Pareja, tuvimos un buen tira y afloja. Ellos, que sí. Nosotros, que no; que por allí no habían pasado. Se tomaron un tazón de leche con tortas de chicharrones. Yo continué haciendo betijos y Martina, con el alma en vilo, colocó un varapalo sobre el lutón para poner sobreaviso a los agazapados de la visita que teníamos.

El verano va de paso. Por las mañanas, antes de soltar las cabras al monte, arreglo el huerto; hay que ir arrancando las matas secas y regar las que se mantienen verde. A esto me dedicaba cuando barrunto el bufar de un caballo. En el campo, los sentidos se agudizan bastante. Es Juan José. Da los buenos días. Eso sí, en el campo se dan los buenos días, las buenas tardes y las buenas noches, pero poco más. El hombre de campo no precisa hablar mucho. En el campo se observa, se piensa, se hace. Por eso, con que Juan José me hubiese dicho el día y la hora, me habría bastado.

Ya lo necesitaba. Y no sólo por los cuatro duros. Es que necesitaba también sentir el frío de la noche, vencer la Rivera, apretar al caballo entre mis piernas, oír el silbido de la bala, llevar la muerte en los talones... Y necesitaba también, coño, burlar a esos hijos de putas hasta reventarles la hiel. A esos hijos de putas que pasan las noches en vela, no por sentido del deber, sino por su mala sangre.

Lo necesitaba. Y lo necesitaba también por mis potros. A mis potros les hervía la sangre. Les hervía la sangre como a mí. Ellos necesitaban galopar, babear, relinchar a todo pulmón, entrar y salir por vericuetos angostos, cortar el viento. Ellos, con su casta, riendas sueltas; riendas sueltas eran lo que necesitaban.

Esta noche la luna saldría tarde. Para que así fuera hemos tenido que esperar unos días. A Portugal cada uno llegó por su sitio y a distinta hora; cada uno de los cuatro que íbamos esta vez. Ahora, no. Ahora, estamos juntos. Juntos hemos aguardado las sombras de entre el día y la noche; juntos, preparado la carga a boca de costal y terciado en los caballos; y, juntos, hemos buscado, en la Rivera, un paso libre de hoyas.

El café viene, grano a grano, en las sacas. Hay que cuidar que la corriente no lo roce para que no pierda su aroma ni su brillo. Las aguas además, en las hoyas, forman un remolino que te chupan y te apresan en lo más hondo. Después de evitar las hoyas, así y todo, hay que luchar. Hay que luchar y sudar sangre que, contra las rocas, van rompiendo, una y otra vez, las corrientes turbulentas.

Los caballos son ¡buenos caballos! Mamaron todos en ubres de casta. Y ¡bonitos!: dos overos, uno alazán y como la nieve, el mío. Sí, ¡buenos y bonitos!; igual saben lucir mujeres a sus grupas que cargar sacos en sus costillares.

Hemos remontado el torrente. La luna sigue oculta, mas parece que salir quiere de rojo. La noche fría, que no es brisa lo que corre sino viento helado del Norte, un viento que en el eucalipto zumba duro en su copa y en su tronco hace estallar la corteza seca.

Es una de esas noches que presagian males, que presagian sangre.

Ya llevamos un tiempo de camino. Al paso. Cada uno poniendo al servicio su sentido más desarrollado. Los caballos resoplan. Estos caballos, hasta con aire en contra, olfatean rápidos el verde de las guerreras. De pronto, las balas pasan silbando. Son ráfagas de metralletas. No hay tiempo de lamentarse ni de hacer cavilaciones que hasta los casquillos vienen ciegos. Los animales relinchan y lanzan sus patas al vuelo pidiendo guerra. Así que, a veloz carrera, nos adentramos en los más hondos barrancos y en las manchas más espesas. ¡No sé cómo pueden estos caballos con esta carga y esta carrera! Yo al mío lo animo cuanto puedo:

-¡Corre! ¡Ganaremos la partida! ¡Corre! ¡Como el rayo! ¡Como la centella!  
¡Vamos Centella!

En los riscos, las balas siguen levantando destellos. Son balas perdidas. Balas perdidas que hieren y matan. Una alcanza de lleno a mi caballo. Lo justo para desplomarlo. La sangre, que sale a borbotones de su cuello, lo baña al instante. Me ahoga la pena y la rabia. Antes que la pareja se me venga encima, me lanzo campo a través y lo dejo allí solo en su agonía. Sin poder medir las zancadas, que es boca de lobo la noche, arrasando voy cuanto se pone por delante. No importan tojos o abulagas, ni jaras o zarzales, ni subidas o bajadas. Adelante. Siempre adelante. Y, cuando apenas si falta terreno para topar con los corrales del pueblo, caigo de bruces en un pedregal y quedo sin poderme mover.

Los huesos de mis piernas se han astillado y me pinchan como estiletes por todo sitio. Las voces de los carabineros rondan nerviosas. Hasta el tuétano me corren parejos el dolor y el miedo. Me quedo solo. Solo entre piedras, entre lascas; roto, sucio, extenuado, empapado en un sudor que el aire de la madrugada seca en mis carnes y me congela. Al despuntar el día, oigo pasos. Cuchicheo y pido ayuda.

A media mañana, la pareja entra en casa. Han encontrado a mi caballo. A mi caballo nada más, que las sacas bien supieron mis compañeros recogerlas a tiempo.

- ¡Date preso, Calderilla! ¡Anoche dejaste a tu caballo muerto a mitad de camino! - dicen con voz autoritaria.

-¿Anoche? -contesto, sin poderme levantar, desde mi silla-. ¡Anoche estuve en el bar, jugando a las cartas con los amigos!

- ¡Tu caballo yace en el campo muerto! -agregan.

- Centella, ¿muerto? Centella está en su cuadra muy tranquilo. Pasad y vedlo -dije señalándoles el camino.

Y, confundidos, abandonaron luego mis aposentos sin despegar labios.

En el campo, la vida es tranquila. Un tanto monótona, eso sí. Nos levantamos con el lucero del alba. Se reaviva el rescoldo. La cafetera se arrima a las brasas. Se tuesta el pan en buenos espetos de jaras. Se acerca el unto. Se cuelga el caldero del agua. Se ordeñan las cabras y se les da riendas sueltas. Se acarrean los troncos del día y, a poco más, el puchero.

Después, la tarde. La tarde es corta. Cuando te das cuenta, el lucero brilla ya en todo lo alto y los animales empiezan a recogerse. No, no es mucho nuestro trabajo en el campo; es, más bien, la pensión. Sin embargo, todo eso para Martina, para ella sola, es mucho. Y más con su embarazo. Yo voy dando algunos pasos; cojeando, ¡claro! De una vara de adelfa, que cede bien, me he preparado un garrote. Me ayuda, pero no para hacer cuanto quisiera. Así, uno tras otro, pasan los días. Luego, vienen las noches.

Son las noches. Las noches de invierno en el campo las que hacen sentirte aislado. Sobre todo esas noches crudas de invierno. Esas noches en que el viento se te cuele en la alcoba por entre la teja rota. ¡Cómo silba y qué frío viene! No parece sino la mismísima culebra que nos ronda a todas horas. Yo, cuando lo barrunto, me engurruño entre las mantas y apenas si dejo afuera la boca para respirar. ¡Y en la puerta! ¡Qué jaleo no forma en la puerta!: en el postigo, en la fechadura, en la tranca, en las rendijas, ...

En la chimenea igual; entra como un toro resquebrajando el hollín y desperriando sus motas. Al tuero lo respeta, pero ¡a nadie más!; balancea candiles, entrechoca liaras y, en la alacena, hace tiritar alcuzas y cacerolas; osa tal que al mismo turullo le saca, una a una, todas sus notas. Por último, a la madrugada, nos acerca de la montaña el tauteo de

la zorra que acecha, el aullido del lobo, el rebudiar del jabato en las cárcavas cercanas y un bullicio de cornejas y cuervos que graznan.

Ahora dormimos en el pueblo. Martina está muy avanzada y la comadrona, que todos los días le palpa la barriga, aconseja que no se dé caminatas.

Yo me levanto temprano. Me gusta. Me doy un paseo por esta o aquella calle y desemboco en el casino del Jerezano.

En mi tierra, un casino no necesita muchos requilorios para ser casino; cualquier bujío que tenga una tabla donde acodarse y un par de botellas medio llenas, ya lo es.

En el Jerezano hay, todos los días a primeras horas, algo así como una asamblea de los hombres del pueblo; no parece sino que estuviese allí el manigero de todos y que sin la autorización del cual nadie pudiera salir a sitio alguno. En realidad, lo que convoca a la gente en el Jerezano no es ni más ni menos que el puchero. El Jerezano hace su café en un puchero al fuego lento de la candela. Es, con diferencia, el mejor café del contorno; lo voceaba la clientela y ésta era una clientela entendida en estos aromas.

Una vez que he pasado por la asamblea, monto en Centella; en el doble de Centella. -Es curioso; le había dado cientos de vueltas a la cabeza por ver qué nombre ponerles a los caballos y después, sin darme cuenta, los bautizo en un santiamén; ¡lo que le hace a uno discurrir el estar con el agua al cuello!- Monto en Centella, como decía, y me alargo al campo a hacer el avío de allá.

A media mañana echo un rato a la barisca. Ricardito está aporrillándose en estos menesteres; sin embargo, cuando yo siento plaza, se caquea como un puto. Él, desde que Martina le puso las cartas boca arriba, empezó a malear, pero lo que nunca pensé es que llegara a convertirse en soplón de su padrecito.

El señorito Agustín era un viejo zorro. Sabía bien cuándo tenía que pasar de largo y cuándo no perdonar una; cuándo ser generoso y cuándo

apretar las clavijas. Había llegado a mis oídos su desconcierto y rabia más tarde cuando llegó a enterarse de lo de mi doble caballo. Él, que no tenía un pelo de tonto, se quedó en seguida con la copla y ahora me pasaba factura.

Fue una mañana en el Jerezano. No me explico qué rara habilidad tienen algunas personas que te ponen a parir con una sonrisilla y encima tienes que darle las gracias; que te insinúan el cumplido de los buenos días o las buenas tardes con tal arte que primero te lanzas tú y a continuación ellas sólo tienen que responder. Una de esas personas finas en la ironía y duras de gorra es el señorito Agustín. Aquella mañana me sacó primero el saludo y, después, con una sonrisilla, noté que me estaba poniendo de vuelta y media. Pero, a mí ya no me hacía temblar como en aquella ocasión en que me tuvo toda la noche frente a la reja. No; esa debilidad había encallecido en mí como habían encallecido las plantas de mis pies; ya no había turbaciones. Ahora le daba la cara; ahora respondía a su ruindad con ruindad y media.

Él debió percatarse de que poco tenía que decirme sobre los potros; que, esta vez, el embaucador había sido embaucado, que tenía que tragársela. Por eso, empezó a pasar por alto el asunto y, enseñándome el oro de su boca, me dijo que me pusiera en contacto con Juan José.

¡Bien que recuerdo esta última partida! ¡Bien que la recuerdo! ¡No se me olvidará, no!

Decidimos ir a Valverde en línea recta. A la altura de Paymogo, con la carga ya, enfilamos por la Encina Gorda con dirección al Cabezo La Matanza para ir después a dar al Barranco del Torilejo.

Hacía bastante tiempo que no emprendía una marcha de esta envergadura. Había estado desde luego, dando viajes a Paymogo y hasta los dos pueblos limítrofes. Estas correrías me las hacía como periquillo por su casa; conocía, palmo a palmo, el terreno y conocía también, a fondo, los servicios que solían hacer los carabineros.

Lo de ahora era distinto. Vas en grupo y en grupo tienes que actuar. Como siempre, las paradas son obligatorias; por los caballos y por evitar la luz del día con la que siempre va uno vendido.

Pasado el Barranco del Torilejo y antes de atravesar la Umbría de las Tablas, llegó el momento de parar. Tras la faena de los caballos, me dejé caer al lado de un lentisco del que colgué la cantimplora para que estuviese a mano y se mantuviese, a la vez, lo más fresca posible. Allí, tendido boca arriba, se me fue el pensamiento a Martina. Martina es valiente, muy valiente. Lo ha demostrado en muchas ocasiones. Ahora, sin embargo, se cansaba mucho. Ahora, con la barriga en la boca, no podía dar dos pasos seguidos. Juan José reparó en mi abstracción y parece que adivinó por dónde andaba yo.

- Ya sé que Martina está a punto de parir, -me dijo-. Si queréis, -continuó-, yo soy el padrino; te aseguro que será el a pelón más grande que se haya conocido en el pueblo.

Los contrabandistas de por aquí no nos ajustamos a las reglas de los contrabandistas que pintan en los libros. ¡No!; no llevamos trabucos, ni fajas, ni ese cuchillo grande en la barriga. Los contrabandistas de por aquí sólo nos ajustamos a las reglas de ellos en el riesgo y en el valor. Igual da un sombrero que una gorra; igual, unas botas que unas alpargatillas que son más ligeras.

Por eso a los contrabandistas de por aquí, en medio mismo de una correría, les pueden llegar rasgos sensibleros como el que acababa de tener Juan José conmigo.

Hemos dejado atrás la Umbría de las Tablas. Al frente, un leve tintineo de luz nos sitúa a Montes de San Benito. No hay duda, estamos atravesando la Terriza. Ya no hay sombras, es todo una. Ya no hay tarde. Las estrellas, como de puntilla, van tomando posiciones en el firmamento. Ha levantado vuelo también la brisa y se deja notar. Mi caballo se estremece; se estremece, endereza orejas y resopla. De golpe y porrazo, una ráfaga de balas y casquillos cae a bocajarro sobre mí. Siento quebrármeme una pierna y cómo un intenso dolor me corre por el cuerpo. El caballo se desboca cuesta arriba y me lanza sobre la maleza. Los proyectiles, entrecruzándose, silban y refulgen en la oscuridad. Se oyen tiros, relinchos, ¡altos!, y se llega a oír también un grito, un grito desgarrador. Alguno de los carabineros no esperó la señal; se puso nervioso y no esperó la señal. Allí, en el mismo lugar en donde había estado apostado, uno de los guardias yacía muerto.

Llevo tres días arrastrándome. Tres días apurando la copa del dolor. Tres días más muerto que vivo. Pero, ahora llego. Sin uñas, arañando riscos; sin piel, restregándome por el suelo, pero ahora llego.

Me he incorporado con ayuda del quicio y a un leve roce del postigo, la puerta se me ha abierto de par en par. Me estaba esperando.

Al entrar me he desplomado entre el umbral de lajas y la corriente de riscos. Sí, allí mismo donde murió mi padre; allí mismo donde nací yo; allí mismo donde mi hijo está a punto de nacer. Sí, entre el umbral de lajas y la corriente de riscos me he desplomado. ¡Me desplomé!